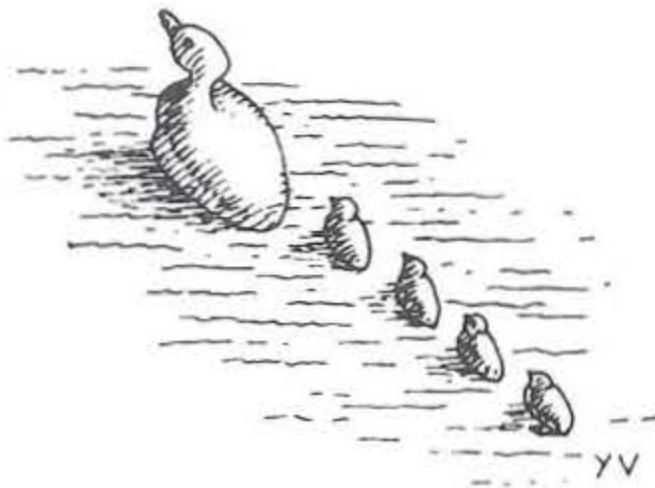


que los rodeaba: esas calles de barrio, siempre en sombra, por las que se desplaza" (pág. 18). Es importante reconocer ahora cómo su horizonte, hacia fuera y hacia dentro, se ha ampliado, de modo sensible, y comprobar, además, cómo ha logrado mantener la autenticidad original de su tono, fortaleciéndolo y no desvirtuándolo. Hay en este libro una gracia discordante, propia de la feliz y maleable irracionalidad con la cual un niño se hunde, y abandona, la pedestre realidad, gracias al elaborado vigor de su mirada, no por arbitraria, en ocasiones, menos exacta.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA



El discreto encanto de la antología

Una generación desencantada
Harold Alvarado Tenorio (compilador)
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 1985.

Harto sabido y asaz imprevisible al mismo tiempo es el destino de una antología de poetas. La palabra viene del griego y apunta a un sustantivo (flor) y a un verbo (escoger). De ahí se desprende que, en la mayoría de casos, una antología pueda definirse muy bien por los poetas *excluidos* y no sólo por los que la conforman. Los ejemplos están de más. Por eso una obra de este tipo suele ser rebatida con otra semejante de inequívoca intención. Y el mejor lector seguirá siendo el tiempo. Algunas antologías "serias" del siglo XIX son leídas hoy como potajes que causan hilaridad. En fin, en este rubro sabemos que las antologías más deli-

ciosas son las que colectaban los más dilectos versos a Cupido. Y en el presente siglo a Eros. ¿Y mañana?

Lo que en definitiva salva o hunde un libro de esta naturaleza son los poemas, qué duda cabe. Ahora bien: cuando una selección de poetas recibe un rótulo como el que enmarca a estos siete escritores colombianos, hay que tomar las cosas con algo de prudencia. En un artículo de 1984 (aparecido en *Magazín Dominical de El Espectador*, núm. 87, Bogotá, 25 de noviembre), Harold Alvarado Tenorio reunió a cuatro poetas con el título "Una generación desencantada". Allí pasó revista a ciertos aspectos de la poesía de José Manuel Arango, María Mercedes Carranza, Juan Manuel Roca y Juan Gustavo Cobo Borda, y sus relaciones con el entorno histórico-social. En la introducción establece un vínculo—por ausencia, casi— con el nadaísmo a través del parentesco de los poemas de J. M. Arango con el primer libro de Jaime Jaramillo Escobar. El criterio de aquella selección podía resumirse con estas indicaciones: "Para los poetas de la Generación Desencantada no hubo, como podrá verse después en los textos, un país al cual asirse [...] el hilo que los une es la desolación frente al presente y la nostalgia de un país, que, por supuesto, nunca existió" (pág. 15, art. cit).

El libro que comentaré—una segunda edición; no conozco la primera— incluye, además de esos cuatro poetas, a Giovanni Quessep, Darío Jaramillo y Harold Alvarado Tenorio. Por ahí va la cosa, al parecer. Y la primera pregunta surge: ¿cuál es el verdadero criterio? Porque ponerle nombre a una generación (recordemos ese famoso libro del 70: *Antología de una generación sin nombre*) es aceptar que dicha generación existe y que, por añadidura, tiene apellido (que aquí se quiere poético-político). Pero ello pediría un prólogo pormenorizado, datos en orden de cada poeta y, lo principal, una bibliografía que sustente los términos empleados. De por sí es complicadísimo justificar el término generación (salvo que sigamos invo-

cando a Ortega y Gasset, que en paz descansa); más arduo aún es ponerle una chapa y que luego empiece a dar de comer a conferencistas, gacetilleros o profesores universitarios.

En la contratapa del libro se explica que estos poetas nacieron "entre mil novecientos treinta y cinco y mil novecientos cincuenta y [que] publicaron sus libros iniciales en la década de los setentas". Válgame Dios: en la página 45 descubrimos que G. Quessep dio a conocer *Después del paraíso* y *El ser no es una fábula* en 1961 y 1968 respectivamente. ¿Cómo es la jarana, entonces? El prologuista, Antonio Caballero, con una astucia que anida en la cautela, se refiere con mucho acierto a los poetas diciendo que "no es *su país* lo que [les] corresponde cambiar, sino la poesía". Y previamente aclara: "a cada uno de ellos".

¿Por alguna razón especial se establece que el compilador es uno y otro quien firma el prólogo? ¿Y que cada autor seleccionó sus poemas? Vayamos por partes. Me da la impresión de que el libro es un pretexto, como sucede con casi todas las antologías, para juntar a poetas que tienen y *no* tienen que ver con los postulados de Alvarado Tenorio (al margen de las observaciones acuciosas de A. Caballero). Si le pasaron la voz a Quessep, ¿por qué no a Elkin Restrepo, Raúl Henao, Álvaro Miranda, Henry Luque Muñoz, quienes al parecer sí entran en los criterios de la edición? O pienso, de inmediato, en García Maffla, que publicó en 1968 su libro *Morir lleva un nombre corriente*. (Cito por los datos que figuran en *La otra literatura latinoamericana*, del pata Cobo Borda).

Puestos algunos puntos sobre algunas íes, paso a decir que *Una generación desencantada* es un libro de poemas que se sostiene a las mil maravillas gracias al encanto de una poesía que dialoga con tramas y claroscuros. Puedo apostar—y equivocarme de palmo a palmo, lo admito— que los poemas aquí presentados, y que avalan *de algún modo* los criterios, pudieron ser otros y la cosa le habría puesto los pelos de punta al compilador. Poco interesa. El libro,

como está, vale la pena por varias razones: todos los poemas tienen un excelente nivel; las selecciones no se quedan cortas ni se alargan; cada escritor ha configurado una unidad, ya que no prevalece el criterio cronológico ni la "evolución poética". Se trata en verdad de cortes que dejan presenciar un limpio trabajo con la palabra, sustento que seguirá definiendo la poesía de cualquier hijo de vecino. Y aquí encuentro que uno de los logros del volumen es comprobar cómo cada escritor pelea con el lenguaje. Sus artes poéticas —explícitas o no— se definen en el nivel de la representación oblicua de las palabras frente a la nunca bien ponderada realidad. Si existe desencanto o desengaño, se da a ese nivel. No en balde J. M. Arango concibe la ciudad como un texto que lucha a brazo partido contra la mera taxonomía o el cotidiano repertorio de objetos y escenas. De lo que habla este libro es del rigor con que siete poetas asumen su oficio. Y como no tengo reparos respecto a los poemas, sólo me queda terminar estas líneas con una arenga. "¡Poetas excluidos; a tomar las armas!" Que en términos geopolíticos implica lanzarse a la batalla con *otra* antología de candela.

EDGAR O'HARA

Seis visiones sobre la política exterior de Betancur

Política exterior, ¿continuidad o ruptura? Reseña de un debate
Gabriel Silva Luján
Cerec-Ceic Uniandes, Bogotá, 1985,
172 págs.

Como lo indica el título, esta obra es la transcripción organizada de un seminario sobre dos años de política exterior del gobierno de Belisario Betancur, en el cual participaron nueve especialistas, colombianos y extranjeros: Fernando Cepeda, Gerhard Drekonja, Luis Jorge Garay, Marco Palacios, Dora Rothlisberger, Gabriel Silva, Klaus Schubert,

Álvaro Tirado Mejía, Juan Gabriel Tokatlián.

Si exceptuamos dos anexos finales —"El ingreso de Colombia en los No Alineados", que se debe a Juan Tokatlián, y "Contadora: balance de dos años", elaborado por Rodrigo Pardo—, Gabriel Silva asumió la delicada tarea de sintetizar y despersonalizar el pensamiento de los nueve participantes.

Digamos con el prologuista, Fernando Cepeda, que, a pesar del escrúpulo y, podemos garantizarlo, de las precauciones del autor principal, deja cierta insatisfacción o frustración la narración en estilo indirecto adoptada y que se traduce en las fórmulas repetitivas "unos dicen... otros piensan...". Esto se debe a que los participantes no presentaron exposiciones en forma sino que conversaron de manera más o menos improvisada. De ahí también algunas repeticiones que difícilmente se podían obviar.

Si omitimos los dos anexos señalados, la obra consta de seis capítulos: 1. Un poco de historia; 2. Los fundamentos de la política exterior de Belisario Betancur; 3. Política exterior, ¿continuidad o ruptura? 4. La política exterior y el proceso político nacional; 5. La política exterior frente al interés nacional; 6. Viabilidad de la política internacional. Son centrales los capítulos 3, 4 y 5.

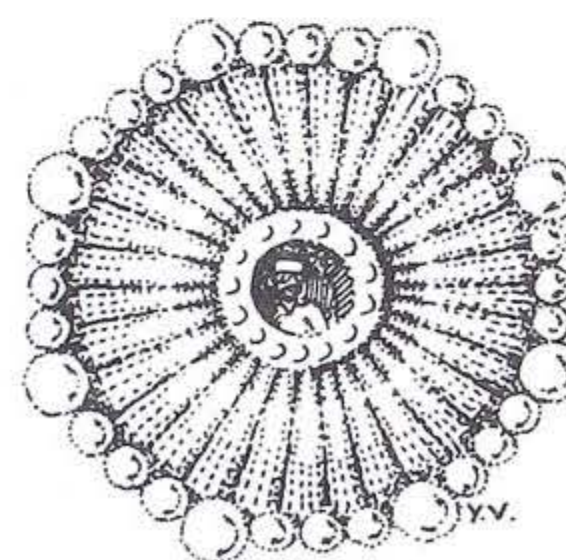
Es un trabajo de lectura cómoda, fácil e indispensable, por su singularidad para políticos, estudiosos en general y estudiantes de ciencia política en particular.

Dos interrogantes recorren la obra: ¿De qué política exterior hablamos? y ¿está ella de acuerdo con el interés nacional colombiano?

Para responder el primer interrogante, el autor nos ofrece tres puntos de enfoque: la realidad de la política exterior colombiana antes de Belisario Betancur y en particular durante el Frente Nacional; la relación existente entre el discurso presidencial y la realidad de esta política exterior; ¿es posible o deseable el consenso en la materia?

Conforme a la regla del juego antes enunciada, hay opiniones diver-

gentes sobre las características de la política exterior colombiana durante el Frente Nacional. Sin embargo, parece existir cierta convergencia para enfocar la política inmediatamente anterior a la de Belisario Betancur, la del presidente Turbay. De nuevo aparece el abanico de opiniones entre los que opinan que el presidente Betancur retoma el curso iniciado por Carlos Lleras y proseguido por Alfonso López (algo injustamente se silencia la obra de Misael Pastrana) y los que piensan que, al contrario, hay una verdadera innovación con Belisario Betancur y Rodrigo Lloreda.



Nos parece que en esta disyuntiva existe (págs. 28 y 29, en particular) confusión entre política alineada y política de bajo perfil. Una política puede ser alineada, en el caso concreto de Colombia con Estados Unidos, y tener a veces, y en cierto grado, alto perfil. La creación de la Flota Mercante, el papel de Colombia en la Conferencia Panamericana de Bogotá, al menos antes del 9 de abril, la participación en la guerra de Corea..., para referirnos a épocas remotas, no eran precisamente señales de un bajo perfil. Es probablemente más fructífera la hipótesis de que hubo una política exterior frentenacionalista que, al obligar al consenso a las dos principales fuerzas políticas, frenaba los impulsos nuevos e inclusive favorecía la fragmentación de una política exterior en parte privatizada. De ahí que los repetidos cargos hechos a la cancillería colombiana sean en parte injustos porque se crítica —con una generalización abusiva— el instrumento sin ver su funcionalidad dentro del sistema político adoptado y, por lo tanto, de las misiones asignadas. De ahí también que determinados elogios a las